



## La educación para la admiración y la sabiduría a partir de Gabriel Marcel

### Education for admiration and wisdom from Gabriel Marcel

Andrés Nicolás Rodríguez<sup>1</sup>

---

Rodríguez, A. N. (2024). La educación para la admiración y la sabiduría a partir de Gabriel Marcel. *Revista Convergencia Educativa*, (15), junio, 75-95. <https://doi.org/10.29035/rce.15.75>

[Recibido: 23 enero, 2024 / Aceptado: 02 mayo, 2024]

#### RESUMEN

En el presente artículo se desarrollan las posibles repercusiones educativas de las reflexiones antropológicas de Gabriel Marcel sobre la admiración y la sabiduría. De tal manera que se pueda redescubrir la capacidad de apertura a la trascendencia propia de la persona. De este modo se subrayará la necesidad de educar en esta sabiduría profundamente humana, la cual se convierte en fermento de la auténtica fraternidad. Con este fin analizaremos la biografía de Marcel, la particularidad de su método filosófico y sus reflexiones específicas sobre la educación.

**Palabras clave:** educación, sabiduría, admiración, fraternidad.

#### ABSTRACT

This article develops the possible educational repercussions of Gabriel Marcel's anthropological reflections on admiration and wisdom. In such a way that the person's capacity for openness to the transcendence of the person can be rediscovered. In this way the need to educate in this deeply human wisdom will be highlighted, which becomes the ferment of authentic brotherhood. To this end we will analyze Marcel's biography, the particularity of his philosophical method and his specific reflections on education.

**Keywords:** education, wisdom, admiration, fraternity.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Ciencias de la Educación, Universidad Católica de La Plata, Santa Fe de la Vera Cruz, Argentina.  
<https://orcid.org/0009-0008-2273-3383> | [andresnicolas\\_rodriguez@hotmail.com](mailto:andresnicolas_rodriguez@hotmail.com)

## Vida y obra de Gabriel Marcel

El filósofo y dramaturgo Gabriel Marcel nació en París el 7 de diciembre de 1889. Su padre, Henry, un hombre de extensa cultura y fina sensibilidad artística, desempeñó diversos cargos como consejero de Estado, director de Bellas Artes, de la Biblioteca Nacional y de los Museos Nacionales (Cañas, 1998, p. 26). Su madre, Laura, muere cuando él tenía solo 4 años de edad, lo cual marcará profundamente su vida y el inicio de su búsqueda filosófica (p. 22). Esta condición de orfandad, junto con el hecho de ser hijo único, será lo que dará origen a su vocación como dramaturgo, ya que desde pequeño comenzará a crear diálogos entre hermanos imaginarios, naciendo así sus primeros personajes teatrales (p. 23). Tras la muerte de su madre, su tía Marguerite se casó con su padre y se encargó de criar a Gabriel, en una atmósfera marcada por el rigorismo moral en niveles casi patológicos (Marcel, 2012, p. 45). Marcel no recibió una formación religiosa ya que su padre era agnóstico y su madrastra, si bien era de familia judía y luego se hizo protestante, compartió la misma posición de Henry. Aunque los dos se caracterizaron por una elevada integridad moral, digna de admiración (pp. 42, 46).

Como el mismo Marcel reconoce en su autobiografía, toda su vida, ya desde su primera infancia, estuvo marcada no sólo por la aspiración a sentirse “en consonancia con el otro” (p. 21), sino también por un impulso “hacia la inmortalidad” como exclamación profunda de trascendencia (pp. 228-229). De este modo, podemos reconocer el vínculo esencial entre el itinerario vital del pensador francés y sus reflexiones, las cuales estarán jalonadas permanentemente por referencias a la intersubjetividad y a la esperanza.

En abril de 1919 Marcel contrajo matrimonio con Jacqueline Boegner, de familia protestante, con quien compartió una relación luminosa y fecunda llegando a afirmar: “supuso indiscutiblemente una especie de renovación interior que había de reflejarse muy pronto en mis obras” (p. 96). Como no pudieron engendrar hijos, en 1922 adoptaron a Jean-Marie de 6 años (p. 99). Jacqueline murió el 13 de noviembre de 1947, pero Marcel la sintió presente en su vida incluso tras su muerte, llegando a reconocer: “creo en verdad que nunca me has dejado” (p. 157)<sup>1</sup>.

Como nos ayuda a comprender Blázquez (1988), el itinerario personal de Marcel se vio fuertemente transformado por una doble “conversión”: la conversión existencial a lo concreto tras la dramática experiencia de la Primera Guerra Mundial y, la conversión religiosa al catolicismo (pp. 27-32, 38-46). Durante el conflicto armado, nuestro autor no fue combatiente, sino que asumió la dirección de un servicio de información de la Cruz Roja que recibía a las familias de los numerosos desaparecidos, los cuales desesperadamente buscaban saber sobre ellos (Marcel, 2012, p. 72). Esta desafiante experiencia no sólo le hizo descubrir lo artificial del idealismo desencarnado en el que fue formado, sino que, además, le permitió hacer un “primer aprendizaje de la intersubjetividad” al sentirse “en consonancia” con su pueblo, compartiendo el mismo temor y la misma

---

<sup>1</sup> En una carta al Padre Fessard, Marcel (1985) afirma: “por instantes tengo el sentimiento de que ella verdaderamente está conmigo, que me ayuda” (p. 319); y en su autobiografía (2012) vuelve a testimoniar: “no puedo dudar de que, de una manera misteriosa que escapa a toda posible representación, ella ha estado ahí, durante estos veinte años, asistiéndome, dispensándome las fuerzas que tanto he necesitado” (p. 187).

esperanza (pp. 74-75). Además, esta búsqueda de respuestas por parte de Marcel le llevó a participar en experiencias metapsíquicas, preguntándose por la validez del espiritismo y de las ciencias paranormales, las cuales suelen ser desestimadas demasiado rápidamente por la reflexión filosófica (Cañas, 1998, pp. 58-68). Así lo resume el mismo Marcel (2012):

La guerra de 1914 hizo de mí otro hombre (...) despertó en mí un sentido de la compasión (...) también me fue dado, por el hecho de la guerra, entrar en este ámbito que es el de la realidad oculta, al que pienso que el filósofo del futuro deberá dedicarle una atención incomparablemente más rigurosa y minuciosa que hasta ahora. Son pocos los filósofos que he encontrado que hayan tenido verdaderamente el sentido de esta realidad, y sobre todo la necesidad de dedicar a ella su pensamiento (...) estas experiencias no pueden ser propiamente hablando utilizables (...) dudo mucho que pueda constituirse una ciencia metapsíquica. Estamos en un ámbito esencialmente intermedio entre el arte y la ciencia propiamente dicha (pp. 86-87).

Por otro lado, en el mes de marzo de 1929, Marcel se convierte al catolicismo luego de un largo período de búsqueda y de lucha personal, haciendo una experiencia de liberación y de una profunda paz que es “a la vez Vida y Luz” (p. 108). Fue bautizado el 23 de marzo de 1929 y en su *Diario metafísico* (1969) dejó plasmada la vivencia de ese día: “vertiginosa proximidad de Dios. Vuelta al aquí, al ahora, que recobran un valor, una dignidad sin par” (p. 31). En 1943 también se convertirá al catolicismo su mujer Jacqueline.

Además, nuestro autor fue un apasionado por la música, la cual le permitió experimentar una plenitud liberadora y creadora, especialmente en sus improvisaciones. De tal modo, que llegó a vivenciarla como una experiencia de comunión con un indudable valor religioso (Cañas, 1998, p. 253). El mismo Marcel, respondiendo a una pregunta sobre el papel de la música en su vida, sostuvo: “se podría hablar de círculos concéntricos. El más exterior es el filosófico, el círculo teatral es mucho más interior y el musical es, digamos, el núcleo vivo” (Citado por Blázquez, 1988, p. 41)<sup>2</sup>.

Marcel murió el 8 de octubre de 1973 en su París natal, alcanzando la meta de su anhelante peregrinar terreno.<sup>3</sup> Como afirma Arnaud, uno de los personajes de su obra teatral *La sed*: “A través de la muerte nos abrimos a lo que hemos vivido en la tierra... te confío el pensamiento que me alimenta” (Marcel, 2002, p. 523).

## GABRIEL MARCEL Y LA EDUCACIÓN

Al adentrarnos en la vida de Marcel, constatamos de qué modo sus experiencias educativas iniciales no han sido las mejores. En primer lugar, en su autobiografía (2012) reconoce el efecto negativo de las “imprudencias” pedagógicas de una crianza marcada por el escrúpulo y la culpa (p. 45). Además, siempre se mostró muy crítico

<sup>2</sup> Entrevista realizada por el filósofo checo Zdenek Kourim en marzo de 1969.

<sup>3</sup> En una entrevista realizada por Pierre Boutang en 1970, Marcel afirma: “al pensar mi vida en conjunto, no puedo decir que todo me satisface. Hay en ella mucho tiempo perdido, distracciones enojosas; pienso que mi vida ha sido convergente. No puedo renegar de mi vida... entre mí y mi vida hay una relación íntima...” (Citado por Cañas, 1998, p. 149).

con el régimen académico del Liceo, marcado por la competición individualista, la abstracción desencarnada y “la falta radical de espíritu pedagógico” (p. 49).

Por otro lado, su experiencia universitaria fue muy distinta. Marcel recuerda con profunda gratitud al profesor Colonna d’Istria, quien ayudó a despertar en él su vocación filosófica (p. 47). Así, estas clases de filosofía implicaron “una especie de estallido” renovador: “es como si hubiera sido sustraído de pronto al mundo inmovilizado del que la enseñanza del instituto, asociada a las condiciones tan particulares de mi vida familiar, me habían hecho prisionero; un mundo en el que me ahogaba” (p. 48). Es significativo subrayar en este sentido, cómo nuestro autor hace experiencia, tardíamente, de una educación liberadora que enriquece su itinerario personal abriendo horizontes insospechados:

Me veía transportado a un ámbito encantado en el que la reflexión –en cuanto tal– era estimulada por todas partes y a todos los niveles (...) por todas partes se abrían perspectivas insospechadas, por todas partes descubría que lo que parecía ser evidente, se convertía en realidad en lugar de preguntas apasionantes (...) mi interés apasionado iba a lo que se enseñaba, pero en la medida en que no presentaba ya el carácter de un saber que había que engullir; en que, por el contrario, reclamaba un trabajo personal de mi espíritu (p. 48).

En cuanto a su desempeño como profesor de filosofía, Marcel se inició en 1912 en el *Lycée Balzac*. Asimismo, durante la Primera Guerra Mundial, frente a la posibilidad de la muerte reconoce un deseo profundo de poder expresarse y de “soltar lo que llevaba” en su interior (p. 73). Además, de 1915 a 1918, tuvo vivencias educativas reconfortantes como profesor en el instituto *Condorcet*: “mi vida se encontraba así felizmente llena, tenía verdaderamente la impresión de ser útil de alguna manera” (p. 76). Marcel reconoce así, cómo la dramática posibilidad de que sus alumnos sean llamados al frente de batalla, contribuyó a humanizar la relación educativa y a experimentar una verdadera solicitud por ellos (p. 77). De igual manera, luego de contraer matrimonio, enseñó durante tres años (1919-1922) en el *Licée de Sens*, experiencia en buena medida decepcionante, con “clases esqueléticas” y “alumnos mediocres” (p. 97). Varios años después, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, Marcel volverá a disfrutar del contacto con los estudiantes en el instituto *Louis-le-Grand*, sin dejar de reconocer el “hastío insuperable” que le generaban las correcciones (p. 140). A su vez, Marcel (2012) será crítico también con aquellos “innumerables profesores de este país que prosiguen ciegamente su labor de destrucción” sin ningún tipo de visión interior (p. 204). En otra oportunidad, identificará en “la negativa a reflexionar” la causa de muchos males contemporáneos, alimentada por la vanidad de “los especialistas, los pretendidos expertos”, también “en el ámbito pedagógico”:

Con frecuencia he dicho que si cometemos la imprudencia de preguntarnos qué es lo que de alguna manera queda en el espíritu de los niños tras una educación tan lamentable, cuál será el resultado positivo del esfuerzo que se les ha exigido, el sistema entero caería hecho pedazos, pues no cabe duda de que el resultado sería nulo para la mayor parte de las materias enseñadas” (Marcel, 2002, pp. 43-44).

Más allá de estas breves experiencias docentes, Marcel no volvió a enseñar en el sistema educativo formal, pero siguió favoreciendo instancias educativas durante toda su vida, ya sea por sus numerosas conferencias y publicaciones, como por las tertulias filosóficas semanales, organizadas en su hogar: encuentros en los que participaron importantes artistas y pensadores de su tiempo (Cañas, 1998, p. 122). En este sentido, para nuestro autor, la enseñanza de la filosofía debía estar fundada en una relación profundamente personal y no en un vínculo superficial reducido a la formalidad académica (Urabayen, 2001, p. 4).

### **EL MÉTODO FILOSÓFICO DE MARCEL**

Este breve recorrido por su biografía nos permite reconocer de qué manera Marcel fue asumiendo una modalidad propia en su itinerante reflexión filosófica, tomando como punto de partida las situaciones vitales concretas en toda su singularidad existencial. De este modo, “tratará de llegar a la presencia de lo trascendente en el corazón de la experiencia vivida” (Cañas, 1998, p. 80); queriendo profundizar en determinadas vivencias privilegiadas que, sin perder su carácter dramático, nos permiten acceder al ser (Blázquez, 1988, p. 50). Más adelante vuelve a insistir Blázquez (1988):

El discurrir del pensamiento de Gabriel Marcel sucede por el sondeo de situaciones concretas (...) que nos descubren el sentido de nuestra vida, a la vez que sus valores absolutos. Ahí, en el seno de esas experiencias concretas, excepcionales, de plenitud, penetra la Trascendencia y se deja reconocer por el hombre (p. 211).

Para Marcel el método propio de la filosofía concreta implica recurrir al ejemplo como elemento fundamental para progresar en la reflexión, y no como una mera ilustración práctica. Así, la semilla de la idea es sembrada en la tierra fértil del ejemplo para ir descubriendo su consistencia y potencial en la medida en que se desarrolle (Marcel, 2002, p. 114). Por lo tanto, nuestro autor buscará abrir sendas en su camino reflexivo por medio de la exploración de los datos experimentales, describiendo inicialmente su superficie, e identificando las vetas que le permitan perforar en el subsuelo ontológico, latente bajo lo aparente (Adúriz, 1949, p. 42). Marcel asume así una perspectiva existencial y concreta de reflexión filosófica, negándose permanentemente a construir un sistema o escuela propia de pensamiento: “ya no se trataba de construir, sino de profundizar” (Marcel, 2004, p. 20). Y también afirmará: “La experiencia de mi vida (...) es anterior a todo saber escolarizado (...) repugna fundamentalmente toda posible escolarización. Quizá sea por esto por lo que puede de alguna manera abrirse a lo sagrado” (Marcel, 1971a, p. 105).

De tal forma que aseverará: “La misión del filósofo no es la de edificar, sino la de ahondar, consiste en una perforación, más que en una construcción o sistema” (Blázquez, 1988, p. 91). El mismo Marcel (1957), en una nota al pie de lo escrito en su *Diario metafísico*, afirmaba:

Hoy he definido mi método diciendo que consiste en partir del planteamiento superficial de un problema para sacar de él una conclusión negativa que ponga de relieve términos nuevos que

proporcionen los elementos de un planteamiento nuevo (real esta vez) que haga posible la solución positiva (p. 61).

Además, para el pensador francés, esta misión se encuentra íntimamente animada por la esperanza, porque la metafísica no es otra cosa sino el “exorcismo de la desesperación” (Marcel, 1969, p. 108), que ofrece a la humanidad, herida por el tedio y la angustia, un sentido trascendente (Cañas, 1998, p. 267).

En este sentido, según Marcel, este camino de profundización es el servicio principal que debe prestar el filósofo al hombre contemporáneo, en orden a “restituir a la experiencia su peso ontológico” (Marcel, 1969, p. 128), testimoniando y salvando lo humano en el hombre (Urabayen, 2001, p. 347). En este sentido, como pone de manifiesto Blesa (2008), Marcel logra desarrollar una metafísica de lo cotidiano, que le permite al hombre contemporáneo redescubrir la profundidad ontológica de su experiencia vital y de su misma identidad personal (p. 98). Así lo afirmará nuestro autor, en su tercer *Diario metafísico*: “Lo cotidiano puro y simple ignora lo metafísico; lo cotidiano devaluado o depreciado lo niega; lo cotidiano consagrado o regenerado lo afirma” (Marcel, 1959, p. 101). Así lo sintetiza él mismo:

En lo que a mí concierne, podría decir que el sentido de mi obra (...) consiste justamente y ante todo en intentar llevar a las gentes hacia su centro vivo, hacia ese corazón del hombre y del mundo en que todo se vuelve a poner misteriosamente en orden y en el que la palabra sagrada sube a nuestros labios como una alabanza y una bendición” (Marcel, 1971a, p. 126).

De esta manera, Marcel ofrece como alternativa al objetivismo abstracto e indiferente, un método de comprensión existencial que exige compromiso y una plena implicación personal (Blázquez, 1988, p. 138):

La objetividad significa indiferencia. El cienticismo separa al sujeto de su entorno vital, del entramado de sus implicaciones, descuida las relaciones vivas que median entre los seres, para prestar atención únicamente a las cosas en su opacidad, en su drástica individualidad e indiferencia (Blázquez, 1988, p. 140).

Por otro lado, el mismo Marcel (1987) reconoce que existe “un monismo de lo universalmente válido que ignora lo personal bajo todas sus formas, que ignora lo trágico, que niega lo trascendente y pretende reducirlo a expresiones caricaturescas desconocedoras de sus caracteres esenciales” (p. 32). Distingue así, entre el simple “pensar” y el “pensar en”, el cual “establece comunidad personal, intimidad participativa entre el sujeto y lo pensado, nos hace superar la actitud espectacular, exteriorizante para llegar a la participación auténtica (...) no algo que está frente a mí como objeto, sino conmigo” (Blázquez, 1988, p. 195).

En otras palabras, el método marceliano implica una exploración circular que le permite realizar aproximaciones concretas al misterio ontológico, de tal manera de elevarse de la vida concreta al pensamiento, para luego poder proyectar luz desde el mismo a la situación vital (p. 82): “La progresión que voy a realizar consistirá (...) en remontarme desde la vida hasta el pensamiento, y posteriormente descenderé del pensamiento a la vida con el fin de intentar esclarecer esta última” (Marcel, 2002, p. 47). De tal modo que, para

Marcel (2004), las afirmaciones metafísicas sólo manifiestan la plenitud de su significado si se expresan en términos de experiencia vivida (p. 65). En este sentido, afirma que la investigación filosófica es “más heurística que demostrativa”, ya que una exposición demasiado sistemática y articulada se arriesga a traicionar las verdades implicadas (Marcel, 2002, p. 13). Precisamente así lo resume nuestro autor:

Para el filósofo se trata mucho menos de demostrar que de mostrar; pero también a este respecto hay que andar con cuidado, ya que no nos encontramos en el orden de las cosas, donde mostrar es designar lo que está ahí. En cambio, aquí, es decir, en lo que podemos llamar en términos generales el dominio espiritual, mostrar es hacer madurar, es promover y transformar (Marcel, 1971b, pp. 57-58).

Por su parte, Prini (1963) afirma que Marcel logra desarrollar un estilo de reflexión filosófica realmente inimitable, “a la vez dramático y heurístico” (p. 143).

Asimismo, el itinerario vital y reflexivo de Marcel (1987) está animado por “un movimiento irresistible, al encuentro de una luz que presiente y de la cual experimenta en el fondo de sí misma como un secreto estímulo y un ardiente presagio” (p. 82). Como afirma Troisfontaines (1968, I):

El misterio es auténtico misterio precisamente porque es luz: no puedo mirarlo en sí mismo porque es él el que hace posible mi mirada (...) favorece la eclosión del pensamiento, como la luz del sol hace posible el crecimiento de un árbol o que se abra una flor. El misterio es una participación que fundamenta mi realidad de sujeto (p. 268; citado por Moeller, 1969, p. 256).

Por lo tanto, tenemos acceso a esta irradiación de luz por medio de aperturas existenciales al ser como misterio de comunión (Tilliette, 2005, p. 502); ya que la luz de la verdad que incesantemente buscamos, sólo se realiza plenamente en la intersubjetividad. Es importante destacar, al respecto, de qué forma Marcel comprende la misma verdad de un modo existencial, como autenticidad vital que se revela en la comunicación participativa (Blázquez, 1988, p. 92). De tal modo que el vínculo entre comunión intersubjetiva y verdad no significa que la simple mayoría baste para garantizarla, ya que no asegura un verdadero encuentro: “la mayoría, o la masa, corre siempre el riesgo de ser impermeable a la verdad” (Marcel, 2012, p. 32). Así, nuestro autor recurrirá a la imagen del fuego para expresar la riqueza de la verdad como luz y alimento interior. En este sentido, Marcel (2005) diferenciará su comprensión de la verdad existencial como un fuego que no sólo ilumina, sino que también da calor, con la verdad racionalista que a lo sumo ilumina superficialmente, pero sin alimentar nuestro fuego interior:

Este amor reverencial por lo sagrado, que los hombres de mi generación habrán visto agotarse bajo sus ojos en tantas almas abocadas a la deshidratación y a la más miserable adulación de sí. El mundo de la máquina se convierte así en el de la conciencia pura, aquella que arde sin iluminar o ilumina sin calentar (pp. 269-270).

En una de sus obras de teatro, *El mundo roto*, uno de los personajes se refiere a la verdad como “una especie de llama (...) de la que por lo visto hay que vivir” (Marcel, 2004, p. 361). En la obra de Marcel podemos identificar

una profunda vinculación entre la llama de la verdad, la esperanza y la vida en plenitud: la existencia esperanzada está animada del “entusiasmo por la vida”, el cual se manifiesta como un misterioso ardor. De tal manera que hay un “irrecusable parentesco entre la vida y la llama”, y precisamente, “sobre esta llama que constituye la vida se ejerce la acción maléfica de la desesperación” (Marcel, 2005, p. 55). Ciertamente, el filósofo responde fielmente a su vocación cuando logra establecer relaciones en las cuales el fuego de la verdad es transmitido, y despierta así el ardor vital en los demás (Blázquez, 1988, p. 159). En definitiva, para Marcel, la verdad es una llama de autenticidad, justamente porque está ligada a la riqueza ontológica: “el ser sólo nominalmente puede ser distinto de cierta plenitud de lo verdadero, por oposición a las verdades parciales, a las que parece muy difícil atribuir un alcance ontológico” (Marcel, 2002, p. 232).

Desde esta perspectiva vital y relacional de la verdad, Marcel (2002) comprende el ejercicio del pensamiento como dinámica circulación<sup>4</sup>, revelación e iluminación, y no como mera adquisición que termina degradando la experiencia inicial a su propio simulacro (p. 57). En este sentido, el pensador francés afirma: “Tomando una vieja idea griega, diríamos que el ojo se convierte en luz para avanzar junto con la luz, y no solamente el ojo, pues la inteligencia se transforma en ardor puro y pura receptividad, ambas cosas a la vez” (Marcel, 2002, p. 60). En otras palabras, la reflexión, para nuestro autor, es una búsqueda y un caminar de esencia musical. Como afirma Urabayen (2001):

Marcel se definió a sí mismo como un músico trasplantado a la filosofía. Esto no significa que el contenido de su filosofía sea musical, sino que la forma, marcada por las repeticiones, las variaciones sobre un mismo tema, la aparente discontinuidad que esconde una unidad oculta que acaba en una armonía y la concepción de la filosofía como apertura a lo más alto, es de orden musical (p. 16).

Por otro lado, en el plano pedagógico, es elocuente la crítica de Marcel (2002) a una enseñanza que concibe al educando como mero recipiente de una verdad-cosa o verdad-contenido sin ningún sabor espiritual (p. 28), y que termina paralizando las dinámicas creativas de las nuevas generaciones:

¿Cómo no evocar aquí la impresión desesperante que cualquier niño o cualquier adolescente ha sentido al escuchar formular a sus mayores tal o cual de estos axiomas que pretenden traducir verdades indiscutibles y debidamente establecidas, pero que parecen anular todos los presentimientos, todas las aspiraciones confusas de aquél que, no habiendo hecho aún su experiencia, se resiste a dar por válida una supuesta demostración a la que no ha sido asociado? (...) se manifiesta aquí el antagonismo que contrapone a aquél que busca su vida como quien busca su camino y lo ilumina con una luz todavía vacilante, con aquél que pretende mantenerse del otro lado de esta vida,

---

<sup>4</sup> “Con mucha frecuencia se forman nudos -de buena gana diría coágulos, en el sentido filosófico de la palabra- que constituyen obstáculos para el curso del pensamiento, que es ante todo circulación” (Marcel, 2002, p. 23).

y de la suya propia, y otorgar desde algún lugar abstracto certezas guardadas cariñosamente (Marcel, 2005, p. 64)<sup>5</sup>.

Por último, es destacable el rol esencial del cristianismo, como “principio fecundante” del pensamiento marceliano (Marcel, 1987, p. 80); ya que nuestro autor en diversas ocasiones dejó traslucir la inspiración cristiana que animó su itinerario reflexivo. Así, en su primer *Diario metafísico* Marcel (1957) destacará el rol de la fe y de la gracia en la renovación de la reflexión filosófica:

La creencia verdadera se presenta al pensamiento reflexivo como lo que éste pasa a ser una vez que se ha negado a sí mismo. Y con eso creo que acabo de definir la gracia. Y es que, en efecto, en tanto que esa negación de sí mismo es objeto de reflexión, se destruye a sí misma, es decir: la reflexión renace de sus propias cenizas. La negación verdadera de la reflexión no se presenta como posible sino mediante la intervención de una potencia trascendente (pp. 57-58).

El cual fue revelándose como un compromiso profético por defender la llamada espiritual de la esperanza, fundamento del verdadero desarrollo humano, en un Occidente crecientemente cegado por el materialismo práctico (Marcel, 1967b, pp. 75-76).

### **Educación para la admiración y la sabiduría**

En el desarrollo de su particular método filosófico, Marcel reflexionará sobre la encarnación y la libertad, sobre la participación y la receptividad creadora, sobre la intersubjetividad, la intimidad y la itinerancia como características estructurales de la persona humana (Urabayen, 2001, p. 31). Desde estas consideraciones, podemos comprender lo que implica una educación para la sabiduría que logre favorecer el desarrollo pleno del hombre en sus dimensiones fundamentales. La cual exige dejar atrás el reduccionismo propio de un enciclopedismo abstracto y racionalista que no logra conectar significativamente con la vida. Como afirma nuestro autor:

La verdadera sabiduría consiste en aventurarse, prudentemente, claro está, pero con una especie de escalofrío placentero, por los caminos que conducen, no digo fuera del tiempo, pero sí al menos fuera de nuestro tiempo, a un terreno en el que los tecnócratas y los estadistas, por una parte, y los inquisidores y los verdugos, por otra, no sólo pierden pie, sino que se desvanecen como humaredas al amanecer de un día siguiente (Marcel, 1971b, p. 250; citado por Urabayen, 2001, p. 352).

En este sentido, Marcel insistirá en la necesidad de recuperar, custodiar y cultivar la capacidad de admiración y de asombro, propias de una sabiduría que profundiza en las características fundamentales de

---

<sup>5</sup> En este sentido, Rojas (1983) agregará: “La verdad se presenta y da en la intimidad de la estructura intersubjetiva, y sólo será posible describirla sin caer en la tentación de tratar de definirla como a las cosas. Este tratamiento de la verdad como cosa es denunciado por Marcel como uno de los vicios mayores de la educación, y por ello enfatiza sobre la necesidad de erradicar en el terreno pedagógico toda tentación de considerar a la verdad como algo designable, medible y verificable” (p. 174).

nuestra condición, favoreciendo el tan necesario renacimiento de lo espiritual en nuestro mundo (Marcel, 2004, p. 53). Como afirma Urabayen (2001):

La verdadera sabiduría no está centrada en el hombre como ser cerrado; se presenta como apertura a la luz que le ilumina y sin la cual no sería nada. Esta sabiduría es un reconocimiento agradecido del don recibido, no una exaltación del hombre orgulloso y cerrado en sus propios logros (...) enseña a ver un mundo que no está superpuesto al nuestro, sino que es el nuestro visto desde su profundidad (p. 352).

Sobre todo, porque, en nuestra cultura actual, que pretende construirse sobre lo enteramente natural clausurando toda referencia al misterio, no sólo la misma persona se ve fragmentada y desarraigada, sino que también, se atrofian en ella las potencias del asombro, tan necesarias para descubrir la circulación vital del sentido (Marcel, 1987, p. 29). En este sentido, Marcel (2005) se referirá precisamente al necesario amor a la vida como a un “sentido ético-lírico del enjambre humano” (p. 104). Por esto, como antídoto frente al sinsentido, es necesario fomentar una sabiduría que permita reconstituir el debilitado “lazo nupcial entre el hombre y la vida” (Marcel, 2005, p. 96):

El hombre es un ser –y el único que sepamos– capaz de posicionarse frente a su vida, y no sólo frente a su vida, sino a la vida en sí misma; no es, pues, un simple ser vivo; es o más bien se ha hecho algo más, y podría decirse que es gracias a esta facultad de tomar posición por lo que es espíritu (Marcel, 2005, p. 96).

Para nuestro autor, la misma existencia humana “no es separable de un cierto asombro” (Marcel, 2004, p. 72), de una necesaria capacidad de admiración, comprendida como una “activa negación de una cierta inercia interior”, que sostiene la apertura y la disponibilidad frente a la irrupción reveladora de la novedad. Al recordar a su amigo Charles du Bos, Marcel (2002) afirmará:

Nadie ha admirado con más generosidad, con más delicadeza (...) Se ha dicho que la admiración era para él un trampolín, que le confería el don mágico de inventar los caminos de acceso más sutiles por medio de los cuales llegar a los trasfondos donde reside la claridad más individual de una obra y de un alma (p. 70).

Asimismo, la admiración se encuentra estrechamente vinculada con la experiencia de la alteridad como auténtica revelación; la cual acontece cuando somos arrancados de nosotros mismos e inundados por una realidad superior que nos llena de entusiasmo (Grassi, 2014, p. 165). Precisamente así describe Marcel (2002) la experiencia de admiración ante una obra de arte: “Cuando escucho o contemplo una obra maestra tengo, dicho con propiedad, una revelación que no se deja reducir en modo alguno al estado de simple satisfacción (...) ese impacto admirativo que ha producido en mí” (pp. 20-21). De tal manera, que esta apertura propia del asombro y la admiración no es un estado humillante para el sujeto, sino que por el contrario lo exalta de tal modo que lo impulsa a realizarse en la entrega creadora (Marcel, 2004, pp. 55-56). Ya que admirar no implica

una mera pasividad, sino que exige recibir activamente, y “ya es crear en un cierto grado” (Marcel, 2002, p. 130). Además, “la admiración, cuando es sincera, es sin duda una facultad creadora; representa una activa participación en el ritmo secreto del universo” (Marcel, 1960, p. 18; citado por Urabayen, 2001, p. 336).

En sus reflexiones sobre el asombro y la admiración, Marcel insistirá en la necesidad de que el pensamiento humano custodie cierta piedad en el conocimiento, la cual está ligada a una comprensión sacral de lo real (Marcel, 2005, p. 112). Esta piedad se ha visto disminuida en el pensamiento y en la cultura actual, debido a la disociación racionalista de lo intelectual y de lo vital (Marcel, 1969, p. 212). Por otro lado, sólo recuperando esta piedad hacia las almas y las cosas, podremos favorecer una convivencia realmente humana (Marcel, 2005, p. 269). Ya que ayudaremos así a fundamentar la misma ética sobre la base de esta piedad “pre-cristiana” o “peri-cristiana” (p. 175):

Es esta piedad no cristiana, sino pre-cristiana, o más exactamente peri-cristiana, la que conviene despertar a nuestro alrededor, y primeramente en nosotros mismos. Cada uno de nosotros puede conocer, en efecto, cristianos sobrenaturalizados en exceso y que han perdido el sentido, no digamos ya de la naturaleza, sino más exactamente de esa gracia naciente que palpita en el corazón de la naturaleza. Tiendo a pensar que esta piedad es el único *vinculum* auténtico que puede volver a unir a los hombres entre sí más acá de la Revelación (pp. 173-174).

Esto exige desarrollar la interioridad humana de tal manera que se recupere una disposición esencialmente espiritual ante la vida, lo cual no implica necesariamente la adhesión a una confesión religiosa (p. 125). Como afirma Blázquez (1988):

La reverencia, lo es ante la vida en un sentido profundo. Es una especie de disposición a aceptar en las cosas un sentido profundo y coherente que trasciende del mundo cotidiano (...) Lo que percibimos desde nuestra interioridad es algo comprendente, que no puede ser aprehendido y que, sin embargo, nos aprehende a nosotros (p. 96).

En este sentido, se expresa también el pedagogo español Torralba (2018), quien insiste en la necesidad de fomentar el desarrollo, en las nuevas generaciones, de la inteligencia espiritual, como dimensión específicamente humana, que nos capacita para “tener aspiraciones profundas e íntimas, para anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda, y dé sentido a la existencia” (p. 52). En este sentido, Torralba agrega:

La inteligencia espiritual es propia y característica de la condición humana y, además, posee un carácter universal. Todo ser humano, más allá de sus características externas o internas, posee este tipo de inteligencia, a pesar de que puede hallarse en grados muy distintos de desarrollo. Toda persona tiene en su interior la capacidad de anhelar la integración de su ser con una realidad más amplia que la suya y, a la par, dispone de la capacidad para hallar un camino para tal integración. Lo propio de la dimensión espiritual es la salida de sí, la penetración en la estructura de las cosas. Es lo

que permite el fluir, que la persona se desprenda de sí misma y se abandone. La vida espiritual no es cerrazón, menos aún autismo. Es todo lo contrario: fluidez, donación y apertura (pp. 55-56).

De esta manera, según Marcel (2005), es vital que el hombre contemporáneo logre, por una adhesión infinita al existir, discernir y “sopesar las cosas según el quilate del corazón” (p. 245). Esta es, en definitiva, la auténtica sabiduría, que nos permite “acceder a la realidad de las cosas” en todo su candor e inocencia inmarcesible (p. 270). De tal modo que Marcel (1969) afirmará:

La realidad desborda toda suputación posible, como si pretendiera alcanzar, merced a no sé qué afinidad secreta, un principio escondido en el fondo de las cosas o, más bien, en el fondo de los acontecimientos, que se ríe de estas suputaciones (p. 98).

En este sentido, se expresará también Adúriz (1949):

El filósofo de lo concreto y el artista, se orientan sensiblemente en una misma dirección: ambos inquietan la estructura íntima de lo real, ambos reaccionan ante la existencia con la ingenua admiración del niño sorprendido. Ninguno de los dos se resigna a creer en la adormecedora normalidad de lo cotidiano: a través de ella buscan el choque liberador que produce la aprehensión de lo real (p. 44).

Asimismo, esta mirada sapiencial de la vida favorece el descubrimiento de la misteriosa “identidad de lo próximo y lo ajeno en el seno de lo profundo”, donde intimidad, trascendencia e intersubjetividad convergen de un modo inasible (Moeller, 1960, p. 265). Como afirma el mismo Marcel (1958):

Más y más, y de manera manifiesta, estamos siendo colocados frente a una opción radical, no sólo para el individuo, sino para la humanidad entera: vivir o morir. Pues, por primera vez en la historia de la humanidad, el suicidio a escala planetaria ha llegado a ser posible. Pero rehusar este suicidio es comprometerse ipso facto a respetar un pacto fundamental cuyas condiciones tienen raíces profundas en la estructura misma del hombre (p. 17).

Precisamente, el cultivo de esta sabiduría, que no desconoce el drama de nuestro itinerario vital, se convertirá en fermento de una auténtica fraternidad<sup>6</sup>.

Por otro lado, la recuperación de la capacidad de admiración nos permitirá “reencantar” el mundo que se encuentra “desencantado”, fruto de la desvitalización racionalista y de la desacralización tecnocrática. Así lo expresa poéticamente Rilke, a quien Marcel (2005) hace referencia: “Para nosotros la existencia todavía está encantada; en cien / lugares todavía es origen. Un juego de fuerzas puras, / a las cuales nadie toca, si no se arrodilla y admira” (p. 269). Marcel se referirá en su autobiografía (2012) a cómo la belleza ha ejercido en él un

---

<sup>6</sup> Al respecto, Adúriz (1949), a partir de unas reflexiones de Maritain, destacará cómo en la filosofía marceliana convergen tanto la mirada sapiencial de universalización teórica (Minerva), como la perspectiva del combate dramático por la propia salvación (Jacob): “Si Minerva quiere hallar una razón fecunda de su cosmos, tiene que dejarse penetrar por la lucha de Jacob, fundiendo la búsqueda de las causas con el “salvar mi única”, en una postura mixta, la única auténticamente sapiencial” (p. 101).

verdadero “poder de encantamiento”. A tal punto de descubrir, en la “sensibilidad al encantamiento”, el germen de lo que será su obra y de su verdad personal más profunda (pp. 38-39). Además, reconocerá en el inicio de su obra una misteriosa conjunción entre el sentido del diálogo y el del encantamiento (p. 40). Por otro lado, Prini (1963) afirma:

Se trata, en realidad, como de una mirada nueva o de una iluminación interior que se opera en mí cuando me abro a la presencia de la belleza, del heroísmo y de la santidad en el mundo, y que me revela que “yo no soy de mí mismo”, desvelando mi realidad y la del mundo como la irradiación de una infinita generosidad en acto (p. 92).

Sólo de esta manera el hombre podrá reencontrarse creativamente con la realidad, y alimentarse de sus profundas dinámicas creadoras. En este sentido, es elocuente la expresión con la cual Marcel (2005) se refiere a la misión profética de la filosofía en orden a restaurar este vínculo original que se ha debilitado: no sólo está llamada a despertar a los hombres, sino que también debe “volver a enseñar a respirar” (p. 311): “La simplicidad puede convertirse en una especie de oxígeno para espíritus asfixiados por las complicaciones de un mundo cada vez más técnico y de una literatura que ha perdido con demasiada frecuencia contacto con las aspiraciones humanas más fundamentales” (Marcel, 2012, p. 135). En nuestra cultura actual, saturada por el bombardeo contante de información y de estímulos audiovisuales, se hace necesaria, de un modo especial, una educación que custodie y favorezca el desarrollo de la capacidad de admiración y de asombro en las nuevas generaciones. En este sentido afirma L’ecuyer (2021):

El asombro es el deseo para el conocimiento. Ver las cosas con ojos nuevos permite quedarnos prendados ante su existencia, deseando conocerlas por primera vez o de nuevo. Los niños pequeños se asombran porque no dan al mundo por supuesto, sino que lo ven como un regalo (...) y consecuentemente nos lleva a una actitud de profunda humildad y agradecimiento. El asombro es un mecanismo innato en el niño. Nace con él. Pero para que el asombro pueda funcionar bien, el niño debe encontrarse en un entorno que lo respete (p. 31).

Además, la autora desarrollará la dinámica propia del círculo vicioso de la sobreestimulación: en primer lugar, sustituye la iniciativa del niño y anula su sentido del asombro; luego, tras la euforia, el niño se aburre y le invade la pereza mental, a su vez se vuelve así hiperactivo y nervioso, aumentando el ruido de fondo de sobreestimulación que lo termina saturando (pp. 52-54). Por otro lado, Van Manen (2004) afirmará:

El auténtico aprendizaje a menudo empieza en el asombro. Pero ¿se puede enseñar éste? (...) ¿O es que la fascinación se parece más a una gracia que nos llega cuando estamos abiertos a ella? (...) Tal vez el asombro sea un estado de atención que sólo se pueda inducir de forma indirecta (...) el educador solícito quizá sea el que sabe captar una pregunta y profundizar en ella con gesto tranquilo (...) Un educador con tacto mantendrá vivo el interés que originó la pregunta del niño (pp. 27-29).

Las reflexiones marcelianas sobre la admiración nos permiten abordar también la dimensión propiamente religiosa de esta apertura espiritual. En efecto, Marcel (2005) insistirá sobre la importancia de superar una “enseñanza religiosa sin nervio”, que no permite acceder al verdadero cristianismo, ya que no alcanza a asumir, por su abstracción, el drama humano (p. 232). Igualmente, nuestro autor criticará las pretensiones de una teología demasiado segura de sí misma que, al pretender definir todo, termina perdiendo dinamismo y vitalidad. Respecto a esto, Marcel hará referencia a la experiencia de Rilke al conocer Rusia y vivenciar allí la revelación de un Dios “que nunca ha sido definido, que eternamente se transforma y crece” (p. 228). Ciertamente, el cultivo de la interioridad nos dispone al encuentro con Dios, que habita en lo más íntimo de lo real y que nos abre un horizonte de trascendencia insospechado. En este sentido Marcel (1955b) afirma:

Tenemos que proclamar que no pertenecemos totalmente a ese mundo de cosas al cual se quiere asimilarnos, en el cual se esfuerzan por encarcelarnos. Muy concretamente, tenemos que proclamar que esta vida, en la cual se ha vuelto técnicamente posible hacer la gesticulante y horrible parodia de todo lo que veneramos, puede no ser en realidad más que un sector insignificante de un desarrollo que prosigue más allá de lo visible (p. 23).

Ya que, en la interioridad, como dimensión profunda de la persona, acontece la experiencia participativa del misterio que nos fundamenta y de la auténtica vivencia religiosa (Blázquez, 1988, p. 205)<sup>7</sup>. Al respecto, es muy elocuente la referencia que hace Marcel (2005) a una reflexión de Gustave Thibon, en la cual se condensa la exigencia de encarnación propia de la auténtica espiritualidad:

Te sientes constreñido. Sueñas evasión. Pero defiéndete de los espejismos. Para evadirte, no corras, no huyas. Más bien excava este lugar estrecho que se te ha dado: allí encontrarás a Dios y todo. Dios no flota sobre tu horizonte, duerme en tu espesor. La vanidad corre, el amor excava. Si huyes fuera de ti mismo, tu prisión correrá contigo y se estrechará con el viento de tu carrera: si te adentras en ti mismo, ella se ensanchará en paraíso (p. 40).

De esta manera, cultivando una concreta y profunda vivencia de la trascendencia, podremos descubrir con sencillez la presencia renovadora de Dios en nuestra vida, y gozar de sus consuelos que animan nuestro caminar (p. 251):

Sólo es posible volver a encontrar el camino de lo sagrado con la condición de que (...) volvamos a encontrar la sencillez, que quizá sea otro nombre para designar la singularidad y también la interioridad: el lugar predilecto de lo sagrado (Marcel, 1967a, p. 117).

---

<sup>7</sup> En este sentido, Torralba (2016) insistirá sobre la importancia de educar para la trascendencia: “La educación de la dimensión trascendente del ser humano debe ser, fundamentalmente, interrogativa, es decir, debe incentivar la inquietud metafísica, debe posibilitar las preguntas fundacionales, cultivar el sentido del infinito (...) Si el educando vive instalado en la exterioridad y se limita a plantearse interrogantes de tipo horizontal, entonces es preciso interpelarlo, agitarlo desde un punto de vista espiritual (...) Después de este factor interrogativo, la educación de la dimensión trascendente debe posibilitar la apertura y la comprensión de distintas religiones positivas” (p. 45).

Además, la plenitud experimentada por el sabio como *gaudium cognoscendi*, se convertirá así en un anticipo de la *laetitia contemplandi* escatológica, que es la meta última de nuestro peregrinar terreno (Marcel, 1967b, p. 141).

### **La universalidad como fraternidad**

En el desarrollo de nuestro trabajo, hemos podido constatar en qué medida la antropología marceliana se encuentra animada por una referencia esencial a la trascendencia divina, como fundamento para comprender la individualidad y para cimentar la auténtica fraternidad: “El verdadero espíritu de universalidad que es el espíritu religioso por antonomasia, no se realiza sino mediante la creencia en la paternidad divina”. Sobre la paternidad divina como referencia esencial de la paternidad humana, Marcel (2002) afirmará:

La relación entre Dios vivo y el fiel debe de concebirse sobre el ejemplo de la paternidad. E incluso podría decirse que la paternidad humana se concibe sobre el modelo de la paternidad divina y no a la inversa, pues se trata ahora de la paternidad concebida en toda su riqueza. Para aclarar estas ideas sólo hace falta comparar al padre de la parábola del hijo pródigo con el paterfamilias romano (pp. 309-310).

De tal manera que las mismas relaciones familiares sólo encuentran consistencia y solidez en su referencia a un orden sagrado y sobrehumano: la familia “sólo toma su valor y su dignidad en función de una relación central irreductible a toda causalidad objetiva, y que es la relación religiosa propiamente dicha, cuya expresión misteriosa e irremplazable son las palabras paternidad divina” (Marcel, 2005, p. 107). De tal manera, que convergen así en Dios tanto la participación metafísica como la participación religiosa propia de la fe (Marcel, 1957, p. 92). De este modo, Marcel (1955b) reconocerá que la auténtica universalidad “se sitúa en la dimensión de la profundidad y no de la extensión”, y que sólo es auténtica esta profundidad donde se realiza plenamente la comunión intersubjetiva como apertura recíproca y sinergia espiritual (pp. 208-209). Por otro lado, la universalidad consumada en la fraternidad, contrasta con la masificación alienante propia del espíritu de abstracción y de la tecnocracia (pp. 202-203). Y, precisamente, es la afirmación de la trascendencia y de un fin supra histórico como horizonte vital lo que permite salvar lo humano en el hombre. El cual, de lo contrario, se vería degradado y expuesto a ser descartado por los atropellos de las abstractas ideologías de la historia (Urabayan, 2001, p. 328). Así lo afirma también Karl Jaspers:

No es posible que el hombre pierda la trascendencia sin que deje de ser hombre (...) La historia es, pues, a la vez el camino hacia lo sobrehistórico (...) Lo que de grande hay en la historia enlaza como objeto de veneración al fundamento que está sobre la historia (citado por Cañas-Fernández, 2010, pp. 70-71).

Por otro lado, Marcel (2012) apelará a la necesaria acción de la gracia, para contrarrestar las dinámicas deshumanizantes profundamente arraigadas en el hombre:

Lo que queda meridianamente claro es que todo régimen totalitario, cualquiera que sea, genera las mismas monstruosas consecuencias; lo que prueba suficientemente que el marxismo, reducido a sí mismo, es perfectamente incapaz de resistir con eficacia a ¿instintos? enraizados por desgracia en nuestra especie y que, según hay sobradas razones para creer, sólo la gracia puede vencer (p. 212).

La realización de la fraternidad como la dinámica propia de un universal existente, implica para Marcel (2004) que esta comunión interpersonal logra respetar las diferencias y singularidades de cada uno, desde la “conciencia de participar conjuntamente en una cierta aventura única, en un cierto misterio central e indivisible del destino humano” (p. 12). A su vez Marcel (1958) acentuará:

Insisto sobre esta palabra fraternizar, la que, como tantas otras, se ha decolorado por el uso y ha perdido su valor original. Se trata de la participación auténtica en la experiencia de una fraternidad vívida (...) se trata de amor (...) puedo atestiguar que tuvimos conciencia de acceder a una dimensión superior, que era la del corazón o, más exactamente, aquella en la cual el corazón y el espíritu se reencuentran: bajo nuestros ojos, el mundo, el vasto mundo, se tornaba una familia (pp. 21, 24).

Así, nuestro autor reconocerá en la prueba que implica nuestra vida personal, y en nuestra propia vulnerabilidad, la revelación profunda de esta fraternidad que nos constituye (Marcel, 2004, p. 13): “Ese mundo de la prueba es también el de la fraternidad auténtica” (Marcel, 2012, p. 157). Como afirmará Marcel (2012): “Mis amigos de Londres han pasado, a un ritmo espantosamente acelerado, por la misma prueba que nosotros pasamos en 1940 y 1947. ¡Qué sentimiento de profunda fraternidad despierta en mí tal similitud!” (p. 235). De esta manera, en la medida en que se logre vivir la fraternidad, no sólo sucederá la encarnación del verdadero Bien (p. 233), sino que también se podrá hacer experiencia del misterio trans-objetivo que nos envuelve y fundamenta (p. 221)<sup>8</sup>. En este sentido, Marcel (2002) recurrirá a una comparación musical para describir esta experiencia de un *in crescendo* de comunión reveladora:

A partir del momento en que nos hacemos permeables a esas filtraciones de lo invisible, nosotros, que tal vez no éramos más que solistas inexpertos al principio, y por tanto pretenciosos, tendemos a convertirnos poco a poco en miembros fraternales y maravillados de una orquesta en la que aquellos que llamamos indecentemente “los muertos”, sin duda están más cerca que nosotros de Aquél del que quizá no hay que decir que conduzca la sinfonía, sino que es la sinfonía en su profunda e inteligible unidad, una unidad a la que no podemos esperar acceder más que insensiblemente a través de desafíos individuales cuyo conjunto, imprevisiblemente para cada uno de nosotros, es, sin embargo, inseparable de su propia vocación (pp. 346-347).

---

<sup>8</sup> En este sentido se expresará Marcel (2012) al recordar el amor de su padre por la música: “La manera como, cantante sensible y experimentado, interpretaba ciertas melodías (...) era testimonio suficiente -hoy soy plenamente consciente de ello- de su participación en un mundo trans-objetivo, que era para él algo inmediato, no pensado, ni pensable. Y es a través de este algo inmediato como me uno hoy a él en un impulso que me atrevería a llamar fraterno” (p. 221).

Respecto a esto Moeller (1960) resumirá con especial belleza el pensamiento marceliano respecto a la auténtica fraternidad fundada en el mismo misterio de Dios:

Dios es la sinfonía que aún a “los miembros fraternales y maravillados de una orquesta”. Esta frase resume todo lo que se ha dicho acerca de la esperanza marceliana: la comunión del “nosotros”, que nos hace participar de una orquesta invisible, en que los muertos están presentes, es mediadora de la luz divina para cada uno de nosotros. Esperar en los seres, desposarse con su ritmo vital, suscitar pacientemente en ellos, por la confianza y la disponibilidad, el gozo y la alegría, es participar en una sinfonía divina: decir que Dios es esta sinfonía no es caer en el panteísmo; es, sencillamente, subrayar que el ámbito divino en que alcanzamos a Dios es el ámbito del amor (p. 323).

Ser fermento de fraternidad en nuestro mundo implica, para Marcel (1955b), cultivar a nuestro alrededor relaciones de ser a ser, contrarrestando con este verdadero servicio a la humanidad, el anonimato devorador que nos acecha y se extiende como un tejido canceroso (p. 161): “La palabra fraternidad, palabra que el racionalismo ha falseado del todo introduciendo en las relaciones humanas un elemento de abstracción que despersonaliza a los seres” (Marcel, 2004, p. 13). Por otro lado, Cañas (1998) afirma:

Marcel rechaza de plano la tesis kantiana según la cual la dignidad del hombre residiría en su carácter racional. Más bien, piensa Marcel, tal dignidad debe hallarse situada en una especie de “fraternidad universal” que uniera a todos los hombres (p. 166).

De este modo, favoreciendo la conformación de pequeñas comunidades que sean auténticos núcleos de vida, se podrá reconstruir el tejido social, en un proceso que implica reaprender a vivir en plenitud (Marcel, 2005, p. 176)<sup>9</sup>. Lo cual significa, para nuestro autor, reaprender a servir (p. 139): “Estamos en este mundo para servir; sí, la idea de servicio, en todos sus sentidos, es la que hay que profundizar” (Marcel, 1969, p. 27).

Este camino de humanización al que nos invita Marcel, implica no sólo la recuperación de la comunidad y la revalorización del servicio, sino también la restauración de los valores que se han visto debilitados en nuestro tiempo, y que son de vital importancia para recomponer el tejido moral de la sociedad (Urabayen, 2001, pp. 205-207): “debemos reaprender la distinción de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto (...) se trata de una reeducación” (Marcel, 1955b, p. 32). De tal manera, que la devaluación de los valores sólo podrá ser superada en la medida en que se redescubra la interioridad humana como apertura a la trascendencia y como morada de la auténtica universalidad (Urabayen, 2001, p. 265).

Por otro lado, la fraternidad universal que promueve Marcel (2005), se fundamenta sobre un entramado de fidelidades concretas que acrecientan la necesaria fe del hombre en el hombre, sin la cual no hay convivencia

---

<sup>9</sup> En este sentido se expresa uno de los personajes de *La Dimensión Florestan* (1958), una obra satírica sobre el existencialismo alemán: “Tendremos que comenzar de cero, habrá que reaprender a vivir, éste es un arte hoy casi perdido, y será imprescindible que mediante una sedimentación similar a la que nos hablan los geólogos, se reconstituya lentamente, pacientemente, algo que volverá a ser un humus moral, un sentido común” (Marcel, 1958, p. 212; citado por Urabayen, 2001, p. 341).

humana posible (p. 168). Precisamente, el don y la vocación propios del filósofo existencial (lo mismo podríamos decir del educador) se definen por la comprensión fraternal (Marcel, 1971a, p. 171); ya que, en la medida en que percibe profundamente su concreta experiencia personal, mejor podrá comprender efectivamente la singular experiencia de los demás (Marcel, 2002, p. 203)<sup>10</sup>. Además, podrá contribuir a despertar el sentido del prójimo en la humanidad, única salvaguardia posible contra su autodestrucción (Marcel, 1955a, p. 110)<sup>11</sup>. De este modo se pone de manifiesto el rol esencial de la educación en orden a generar las condiciones para una convivencia fraterna más auténtica, desde el reconocimiento de la dignidad inalienable de la persona humana. Como afirma Blesa (2008):

La fraternidad consiste en mantener despierta una actitud de admiración hacia el otro, pero esto sólo es posible cuando partimos de la dignidad del otro, se trate de quien se trate. Marcel vio en esta actitud la única garantía de la paz (p. 248).

En este sentido, el mismo Marcel, al final de su vida, haciendo un balance de su obra, agradece el sincero reconocimiento de aquellos compañeros de camino que han encontrado en sus reflexiones un estímulo para sostener la esperanza. En particular, hace referencia al encuentro con Siegfried Föels, un sacerdote que sufre la persecución en la Alemania del Este, y en quien reconoce un auténtico heredero espiritual. Experiencias así, le permitieron a Marcel tomar conciencia de la fecundidad trascendente de su obra: “Era verdaderamente como si me hubiera sido dado no solo percibir una luz, sino tener de repente la certeza de que esa luz era la que veía el Otro, el hermano a la vez lejano y cercano” (Marcel, 2012, p. 202). Como afirma MacNeil (1969):

Los esfuerzos del hombre hacia la autorrealización encuentran su consumación en la comunión con el Otro Absoluto, el Tú Absoluto que es invocado en la fe. La fe del hombre lo lleva a creer que, como viajero en tierra, él está llamado a establecer una comunidad de esperanza y de amor que encontrará su plenitud en el Tú Absoluto (p. 235).

Estas expresiones nos rememoran el hermoso relato autobiográfico de Saint-Exupéry, testimonio de una profunda experiencia de la esperanza, en el cual el piloto accidentado en pleno desierto, y ya a punto de morir, agradece al beduino que le da agua: “Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres” (Saint-Exupéry, 2021, p. 152).

---

<sup>10</sup> Precisamente MacNeil (1969), en su investigación sobre la filosofía de Marcel y la educación, reconoce que esta comprensión fraternal es esencial al rol propio del educador: “El papel del profesor es primordial en el desarrollo de las personas. Es sólo a través de la comprensión de sus propias debilidades y fragilidades, que puede ayudar a los demás y comprender las debilidades de los otros y su necesidad de orientación. Éste es el amor que guía a los otros hacia el amor. Él debe ponerse de pie como el ejemplo de las relaciones personales, que manifiestan amor y esperanza dinámica. Él debe ser testigo de esos misterios que nos rodean” (p. 229).

<sup>11</sup> En este sentido, Graper (2011) insistirá en fecundidad del pensamiento de Marcel en el plano social, en la medida en que podemos “articular cómo la ética de la esperanza de Marcel se aplica a problemas morales globales del mundo real, y así demostrar su relevancia pragmática. Dado que la esperanza está entrelazada en el desarrollo mismo de nuevas posibilidades y también en una comunidad de seres, la visión de Marcel debe poder orientarse hacia circunstancias prácticas en el mundo, con el objetivo de aliviar el sufrimiento y fomentar auténticas comunidades” (p. 73).

## CONCLUSIÓN

A partir de este breve recorrido por el itinerario vital y reflexivo de Gabriel Marcel, podemos destacar la importancia de una educación que favorezca el cultivo de la auténtica sabiduría, potenciando la capacidad de asombro como camino de apertura a la plenitud del ser. Lo cual exige no sólo propiciar la acogida confiada al misterio de lo real sino también la disponibilidad al encuentro interpersonal como fuente de auténtica novedad. En este sentido, favorecer el cultivo del asombro y de la admiración en las nuevas generaciones, se convierte en una apuesta esperanzada por una educación para la fraternidad, la cual se nos revela como la plena consumación de esa universalidad trascendente que la reflexión filosófica nos permite reconocer en el sustrato profundo de lo real. Además, el cultivo de la vida espiritual como apertura a la trascendencia, revela toda su riqueza auténticamente humana y su necesidad para una fecunda vida en comunidad.

A su vez, la admiración como reconocimiento del misterio de lo real, se convierte en un antídoto frente a la desvitalización propia del racionalismo y de las dinámicas deshumanizadoras contemporáneas, permitiéndonos reconocer y custodiar la dignidad sagrada de la persona, evitando los engaños de las distintas formas de alienación masificadora o de atropello tecnocrático. Como afirma Marcel (2005):

La experiencia más actual y más inmediata muestra que los hombres pueden volver a aprender a vivir cuando se les sitúa en condiciones reales, y que una luz ilumina en su cima al grupo que forman a la vez entre ellos y con las cosas de donde obtienen su subsistencia (...) Resulta urgente proceder en todos los terrenos a un trabajo de desmonte que permita volver a encontrar las fuentes perdidas, cuyo agotamiento prolongado condenaría a los hombres a una vida infra-animal, cuyos síntomas apocalípticos nuestra generación habrá tenido el doloroso privilegio de constatar (p. 176).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adúriz, J. (1949). *Gabriel Marcel: el existencialismo de la esperanza*. Espasa-Calpe.

Blázquez Carmona, F. (1988). *La filosofía de Gabriel Marcel. De la dialéctica a la invocación*. Encuentro.

Blesa Aledo, B. (2008). *Metafísica de la identidad personal en el pensamiento filosófico de Gabriel Marcel* [Tesis doctoral, Universidad Católica San Antonio de Murcia. Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación]. <https://repositorio.ucam.edu/bitstream/handle/10952/81/Tesis%20PDF.pdf>

Cañas Fernández, J. L. (1998). *Gabriel Marcel: filósofo, dramaturgo y compositor*. Palabra.

Cañas-Fernández, J. L. (2010). De la deshumanización a la rehumanización (El reto de volver a ser persona). *Pensamiento y Cultura*, 13(1), 67-79. <https://doi.org/10.5294/pecu.2010.13.1.5>

Grafer Hernandez, J. (2011). *Gabriel Marcel's Ethics of Hope. Evil, God and Virtue*. Continuum.

Grassi, M. (2014). *Fidelidad y disponibilidad. La metafísica del nosotros de Gabriel Marcel*. [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires]. Repositorio institucional UBA.

[http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4628/uba\\_ffyl\\_t\\_2014\\_889481.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4628/uba_ffyl_t_2014_889481.pdf?sequence=1&isAllowed=y)

L'ecuyer, C. (2021). *Educación en el asombro* (32a Ed.). Plataforma.

MacNeil, C. D. (1969). *The philosophy of Gabriel Marcel and contemporary emphasis in education* [Tesis doctoral, Universidad de Ottawa]. <http://dx.doi.org/10.20381/ruor-8808>

Marcel, G. (1955a). *Decadencia de la sabiduría*. Emecé.

Marcel, G. (1955b). *Los hombres contra lo humano*. Hachette.

Marcel, G. (1957). *Diario metafísico (1914-1923)*. Losada.

Marcel, G. (Ed.) (1958). *Un cambio de esperanza. Al encuentro del Rearme Moral*. Guillermo Kraft.

Marcel, G. (1959). *Présence et immortalité (Journal Métaphysique 1938-1943 et autres textes)*. Flammarion.

Marcel, G. (1960). *La condición del intelectual en el mundo contemporáneo*. Ateneo.

Marcel, G. (1967a). *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*. Herder.

Marcel, G. (1967b). *En busca de la verdad y de la justicia*. Herder.

Marcel, G. (1969). *Diario metafísico (1928-1933)*. Guadarrama.

Marcel, G. (1971a). *Incredulidad y fe*. Guadarrama.

Marcel, G. (1971b). *Filosofía para un tiempo de crisis*. Guadarrama.

Marcel, G. (1987). *Aproximación al misterio del Ser*. Encuentro.

Marcel, G. (2002). *Obras Selectas de Gabriel Marcel. I: El misterio del ser, El dardo, La sed, La señal de la cruz*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Marcel, G. (2004). *Obras Selectas de Gabriel Marcel. II: De la Negación a la Invocación. El Mundo Roto. Un Hombre de Dios. El Camino de Creta*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Marcel, G. (2005). *Homo viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*. Sígueme.

Marcel, G. (2012). *En camino. ¿Hacia qué despertar?* Sígueme.

Moeller, Ch. (1960). *Literatura del siglo XX y Cristianismo. Tomo IV. La Esperanza en Dios nuestro padre*. Gredos.

Prini, P. (1963). *Gabriel Marcel y la metodología de lo inverificable*. Luis Miracle.

Rojas Cortés, J. (1983). Aportes del pensamiento de Gabriel Marcel a una reflexión filosófica de lo educacional. *Enrahonar: an international journal of theoretical and practical reason*, (5-6), 171-175. <https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.965>

Saint-Exupéry, A. (2021). *Tierra de hombres*. Fripp.

Tilliette, X. (2005). La filosofía itinerante de Gabriel Marcel. *Anuario Filosófico*, 38(2), 495-518. <https://doi.org/10.15581/009.38.29331>

Torralba, F. (2016). *Pedagogía del sentido* (3ª ed.). PPC.

Torralba, F. (2018). *Inteligencia espiritual* (9ª ed.). Plataforma.

Troisfontaines, R. (1968). *De l'existence a l'être. La philosophie de Gabriel Marcel*. Nauwelaerts.

Urabayen, J. (2001). *El pensamiento antropológico de Gabriel Marcel: un canto al ser humano*. EUNSA.

Van Manen, M. (2004). *El tono en la enseñanza. El lenguaje de la pedagogía*. Paidós.

### **Datos de correspondencia**

---

Andrés Nicolás Rodríguez

Licenciado en Ciencias de la Educación

Universidad Católica de La Plata

Santa Fe de la Vera Cruz, Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-2273-3383>

Email: [andresnicolas\\_rodriguez@hotmail.com](mailto:andresnicolas_rodriguez@hotmail.com)



Esta obra está bajo una Licencia de Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.